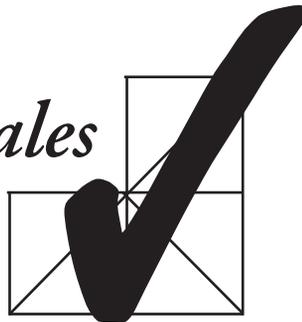


Lecturas y señales



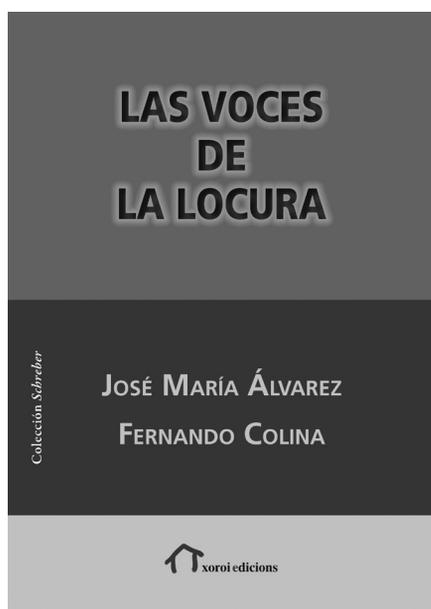
Las voces de la locura¹

Daniel Matusevich

Estamos frente a un libro que requiere de paciencia para acceder a sus contenidos y de capacidad de lectura entre líneas para percatarnos de algunas sutilezas que van jalando los distintos capítulos, o sea que los fanáticos de las conclusiones rápidas harían bien en abstenerse ya que aquí no hay lugar para golpes de efecto. Las voces de la locura, me parece, alude a varios tipos de voces, las que pueden llegar a escuchar nuestros pacientes, las que escuchan aquellos que no lo son y las múltiples voces que constituyen y dan forma al saber y al ser psiquiátrico, incluyendo un pasaje por el automatismo mental, la esquizofrenia, la melancolía, la histeria y la paranoia. La teoría de Álvarez y Colina propone pensar que las alucinaciones auditivas del

esquizofrénico surgen a mediados del siglo XIX como consecuencia del entrecruzamiento del desarrollo del discurso de la ciencia con el movimiento romántico.

En esta presentación desarrollaré en detalle un capítulo, "Origen histórico de la esquizofrenia e historia de la subjetividad", que creo es central en la propuesta del texto. Desde el primer momento llama la atención la utilización de la palabra historia en dos ocasiones en una misma frase, lo que nos confirma que para los autores el buceo en la matriz profunda de los conceptos es el método de aproximación al objeto de estudio, la locura en este caso; hacer profesión de fe en la historia y sus circunstancias tiene consecuencias epistemológicas imposibles de soslayar: brevemente diré aquí que no es lo mismo adentrarnos en el mundo de la locura que dedicarnos a investigar los confines de la traumatología o el universo de la oftalmología, no es que la historia no sea significativa en estos dos ejemplos; sin duda tiene relevancia, pero en la psiquiatría es prácticamente la única posibilidad que tenemos para intentar acercarnos a sentidos y vislumbres que son siempre muy enredados y oscuros. La historia, creo yo entonces, como farol que intenta iluminar mundos siempre esquivos y multisignificados. Me adelanto: casi en el final del libro nuestros autores afirman, y no podemos menos que estar de acuerdo, que la historia está devaluada como modo de conocimiento del presente y como guía para el quehacer clínico. Frente a un auditorio de jóvenes profesionales en formación, creo que vale la pena señalar que así como Álvarez y Colina plantean que "... la melancolía está por todas partes...", lo mismo sucede con la historia, nos rodea en cada decisión clínica que tomamos y en cada encuentro que llevamos adelante con los pacientes, es absolutamente imposible imaginar una clínica carente de historia y, creo yo, es bueno tomar nota de



Autor: José María Álvarez, Fernando Colina

Editorial: Xoroi Ediciones, Colección La Otra Psiquiatría

¹ Este comentario fue la presentación del libro de Álvarez y Colina llevada adelante en el Hospital Italiano de Buenos Aires el día lunes 18 de octubre del corriente año.

ello desde los primeros momentos de nuestra práctica. Lo dicen muy bien nuestros autores: "La historia establece los perímetros de la identidad y la dimensión de los desgarramientos del sujeto que van sucediendo en cada época".

Álvarez y Colina sostienen agudamente que nuestra época se caracteriza por un tipo de fragmentación y división de la identidad nunca antes conocida: es en este magma donde germinan las enfermedades del alma, alejadas del mundo natural y cercanas a la historia y a la subjetividad; de hecho se plantean en este capítulo algo así como una historia de la subjetividad. Este planteo nos parece absolutamente central ya que dicho concepto es el que nos permite alejarnos del mundo de las matemáticas (descrito por el filósofo coreano) y acercarnos al mundo de las personas, que es donde el psiquiatra debería quedarse a vivir. Considero que las enfermedades del alma no tienen relación alguna con la matemática, más bien están en las antípodas, ya que ni la falta del neurótico ni la fragmentación del psicótico pueden ser aprehendidas por miradas que privilegien las estadísticas y los enfoques adocenados, tan en boga en la academia de nuestros días. Los autores proponen la esquizofrenia como un trastorno moderno que refleja una división y una fragmentación de la identidad de dimensiones desconocidas hasta ahora; la clave para su comprensión radica en el interjuego permanente entre cultura e historia, alejándonos de una perspectiva biológica y acercándonos a la clínica de la subjetividad.

Cuando los autores sostienen que no conocemos la causa de la esquizofrenia y que no la conoceremos nunca, creo, debemos entender este párrafo como un llamado a la humildad epistemológica, a aceptar los límites del saber y del conocimiento, los límites de la ciencia. Frente a la avalancha de enfoques neopositivistas disfrazados de lo nuevo (la evidencia), Álvarez y Colina plantean que la psicosis se sitúa siempre en el otro borde del conocimiento, "... más allá de la causa y más acá de la ciencia". Justifican su aserción siguiendo dos líneas de pensamiento: por un lado el hecho de que la esquizofrenia no es una enfermedad de la naturaleza sino de la cultura y la historia, y que las ciencias humanas no son

causales; por el otro afirman audazmente que la esquizofrenia es el síntoma de esa misma ciencia, señalando los límites infranqueables acerca de aquello que ella (la ciencia) ignora de sí misma. Una propuesta que emparenta la esquizofrenia con la obra cumbre de Mary Shelley, *Frankenstein*, en donde el creador debe rendir cuentas a aquel que ha creado cuando lo interpela acerca del (sin) sentido de su existencia, "advirtiendo lo que el hombre puede llegar a hacer desde que cree infaliblemente en la ciencia". Este párrafo nos enfrenta, creo yo, al hecho de que la locura como fenómeno social e histórico está dando paso a la locura como fenómeno individual y biológico. La psiquiatría, de manera progresiva, sin prisa pero sin pausa, está abandonado una importante tradición humanística centroeuropea para abrazar un modelo universal o globalizado, donde las epistemologías regionales son dejadas a un lado en pos de un universalismo supuestamente superador

Para concluir, entonces, *Voces...* es un libro necesario, esperanzador, en tiempos en que por cada lector que muere nace un espectador, tiempos en los que registramos un pasaje de la cultura impresa a otra basada en imágenes virtuales, tiempos en los que todo en la cultura conspira contra los libros. Jonathan Franzen, hablando de la crisis de la lectura, plantea que culpar del eclipse literario actual a la tecnología no hará que se resuelva el problema, tampoco lo hará el argumento de que leer nos enriquece; sigue diciendo que, en última instancia, si los novelistas quieren que se lean sus obras, la responsabilidad de hacerlas atractivas e imperativas es exclusivamente suya. Álvarez y Colina recogen el guante compartiendo con nosotros una obra trabajada y sensible en tiempos en los que la clínica parecería estar en retirada.

Así escriben:

"Originalmente, las voces, antes de que se vuelvan capaces de construir un delirio, son palabras rotas y aisladas que no aciertan a engarzarse en un discurso y permanecen atomizadas, sin capacidad para encadenarse unas con otras. La ley material del lenguaje, que enuncia que todo significante lo es para otro significante, se incumple en el caso de las psicosis" ■